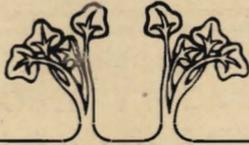


Card, como ago con cafe 1919-
867a hoja N° 847a 860
P.



Tomo IV

Núm. 1

ATHENEAE

REVISTA QUINCENAL

Director:

ROGELIO SOTELA



SUMARIO:

RICARDO FERNÁNDEZ GUARDIA.....	<i>Rogelio Sotela</i>
MISTERIO.....	} <i>R. Fernández Guardia</i>
SEVILLA.....	
UNA HEROINA OLVIDADA.....	



IMPRENTA NACIONAL
SAN JOSE - COSTA RICA
1920



LIBRERIA ESPAÑOLA

IMPRESA, ENCUADERNACION Y FABRICA DE SELLOS DE HULE

De doña María vda. de Lines

NUEVAS PUBLICACIONES ACABADAS DE LLEGAR:

Diccionario Castellano de bolsillo, Calleja, 1 tomo de 1806 páginas.....	€ 10.00	Por correo	€ 10.30
" Enciclopédico Larousse, ilustrado, con 5900 grabados.....	10.00	"	10.80
" completo de la leng. cast. por el Dr. M. Rodríguez-Navas 1 t. de 1482 pág.	10.00	"	10.95
" Enciclopédico ilustrado de la leng. cast por J. Alemany y Bolufer, 2800 pág.	15.00	"	16.00
" Terminológico de Ciencias Médicas, por el Dr. León Cardenal, 1027 pág....	32.50	"	33.50
" de la lengua castellana, por la Real Academia Española, 2 t. pasta española	45.00	"	47.00

Visite usted la LIBRERIA y verá los artículos japoneses que acaban de llegar

NEW ENGLAND

Acaba de recibir preciosas novedades en corbatas y géneros de seda para señora

Grandioso surtido en sombreros de fieltro

DELCORE, ARONNE & C^o

ALMACEN DE MUSICA PAEZ Y COMPAÑIA

Si quiere tocar algo nuevo
y bonito pídale

Apartado N^o 388 Teléfono N^o 58

San José. — Costa Rica

LIBRERIA E IMPRESA

La más barata

TORMO

La más surtida

GRANDES NOVEDADES EN PAPELERIA FINA
AVENIDA CENTRAL — FRENTE AL BANCO MERCANTIL

J. PRIMITIVO ZAPATA

ENCUADERNACION

Se hacen los trabajos más finos y más baratos
LO MEJOR EN CENTRO AMERICA

FRENTE A LA IMPRENTA GREÑAS
225 varas al Sur del Banco de Costa Rica

Auriel Gallardo A.

CARPINTERIA EBANISTERIA

Fábrica de
marcos y repisas

¡¡ULTIMOS ESTILOS!!

Frente a LA VIÑA

Zapatería
LA JUVENTUD

DE

NICANOR GAMEZ

Cien varas al Norte
de la Librería de Lines

Depósito permanente
de calzado
en todos los estilos

ESPECIALIDAD EN LA MEDIDA

**AGENCIAS Y COMISIONES
REPRESENTACIONES
Joaquín Sáenz G. y Hno.
CANJE DE SELLOS POSTALES**

Apartado número 4 • San José, Costa Rica



SIR WILLIAM CROOKES

Después de experimentar por cuatro años produjo el lente actínico por excelencia para impedir la formación de la catarata.

Estos lentes se fabrican únicamente en el

GABINETE OPTICO SALAS

Unica Fábrica en Centro América

TINTORERIA DE PERALTA

CUESTA DE MORAS

*

ESPECIALIDAD EN NEGRO

La preferida por las personas de buen gusto

PRECIOS MUY BAJOS

Teléfono 218

San José, Costa Rica

Tobías A. Vargas C.

“LA LUZ”

Sastrería, Camisería y Tienda

Ventas por mayor y menudeo - Importación directa

Apartado 658 :: San José, C. R. :: Teléfono 344

COLEGIO MONTERO

Se enseña inglés en todos los grados.

Kindergarten, Educación Primaria y Secundaria de acuerdo con los programas oficiales. CLASES NOCTURNAS de inglés y de contabilidad. Clases de música, (piano, violín, etc.) Pida prospectos.

TELEFONO 1646

CERVEZAS, MALTA,
KOLA Y LIMONADA

TRAUBE

MEDALLA DE ORO EN LA
EXPOSICION NACIONAL

La fábrica mejor
acondicionada
= = del país = =

HAGA SUS PEDIDOS A

TRAUBE

CARPINTERIA
EBANISTERIA

Fábrica
de marcos
y repisas

Ultimos estilos

100 VARAS AL SUR
del KIOSKO MORAZAN

Enrique Gómez C.

SAN JOSE - COSTA RICA

JOSE MARIN

Agente de

“ATHENEA”

“Repertorio Americano”

Apartado 150 - San José, C. R.

ATHENEAE

REVISTA LITERARIA

Precio de suscripción:

Número suelto. C 0.30

Serie mensual (2 números) 0.60

Para el extranjero:

Número suelto. \$ 0.15

Serie semestral (12 números) 1.50

Se publica quincenalmente

Director, ROGELIO SOTELA

APARTADO N° 113

N° 1

SAN JOSÉ, COSTA RICA, 1° DE MARZO DE 1920

TOMO IV



Ricardo fernández Guardia

a quien dedica Athenea este número, publicando trabajos suyos
enviados especialmente para la Revista

Ricardo Fernández Guardia

(fragmento de un estudio)

Los costarricenses nos olvidamos muy pronto de las cosas que se hicieron entre nosotros. Fenómeno corriente es ese por la desatención que se da aquí a todo; cuestión de raza tal vez, pero en todo caso, lamentable proceder que sacrifica más de una obra bella.

Esa reflexión nos viene ahora que damos con estos libros de Fernández Guardia y nos viene más hondamente porque en él está el caso que apuntamos: hombre de pluma fácil y de vida interesante, tan pulcro escritor como hombre correcto, no debería olvidarse tanto su obra extensa y buena. Apenas habrán transcurrido veinticinco años y *Hojasca* y *Cuentos Ticos*, son ya dos libros desconocidos. Traducido varias veces al inglés el segundo, en lujosas ediciones ilustradas, tal vez haya ido a cumplir mejor su misión de «obra nacional» en el extranjero. Estos *Cuentos Ticos*, venidos después de las filigranas parisinas de *Hojasca*, revelan en Fernández Guardia la condición de una dualidad en lo literario y en lo criollo. Como apunta don José de la Riva Agüero, es muy raro este concierto del criollismo y de la cultura. Casi todos los que entre nosotros se han dedicado a la descripción de las costumbres tradicionales y populares han caído en la vulgaridad, en el mal tono y en la jerga abigarrada y plebeyá. Eso podría traerse para señalar casos nuestros en que los escritores copian más o menos exagerado el lenguaje campesino y urden cualquier trama imposible. En el caso de *Cuentos Ticos* hay exactitud; la tradición costarricense tiene allí, y eso es otra virtud, cierta fina flexibilidad que le da el estilo; un cuento suyo, arrancado a la vida nacional, tiene, pues, ese otro encanto de la forma. *Un Santo Milagroso* encierra todas las condiciones para ser un verdadero cuento; es de esas páginas que se leen de un tirón y dejan cierta alegría en el ánimo. Confieso que a pesar de que estaba solo me reí sabrosamente cuando leí lo de que Juan Rodríguez cayó redondo de un santazo.

En todos estos cuentos hay sencillez, naturalidad, unidad en el plan, en fin, lo que hace el buen cuento. *Un alma* es el segundo del libro en orden de importancia. La «Tía Juana» tiene el color triste y extraño que quiso darle el autor. Por la delicadeza recuerda al Marquina de *Almas Anónimas*. No pudiendo detenernos como querríamos, debemos al menos consignar una comedia suya en prosa, *Magdalena*, que

no conocemos, y luego tres libros de importancia nacional, los que le han dado el justo renombre de historiador ameno y sagaz: *Historia de Costa Rica* que comprende el descubrimiento y la conquista; *Cartilla Histórica de Costa Rica* que es un compendio bien arreglado de nuestra historia hasta hace seis años, todo expuesto con buen orden, claro y preciso, que se lee con gusto y se comprende fácilmente; y la *Reseña Histórica de Talamanca* que es un conjunto de preciosa documentación, obra de erudición y de amor por las áridas búsquedas; se admira que siendo una obra de esa índole tenga una amenidad tan suave. Brenes Mesén, que es uno de los pocos atentos a nuestras obras, dijo a propósito de este libro: «Para los hombres de letras está lleno de sugerencias, de temas que podrían desenvolverse en forma de cuentos, de dramas o de poemas; y los dos últimos capítulos son indispensables a políticos y periodistas».

El libro todo es indispensable a los maestros que siempre se han mostrado quejosos de no encontrar a mano cuanto les ahorra el trabajo de recorrer y extraer los numerosos documentos concernientes a las costumbres de nuestros indios».

Demostrando hoy claramente su cariño por los trabajos intelectuales, este culto escritor prepara dos libros nuevos, de cuentos uno, de tradiciones otro. A su fineza debemos que se satisficiera nuestra solicitud para publicar aquí algo de este último. Pudimos darnos idea de ambos la tarde reciente en que él fue electo Presidente del Ateneo y leyó en esa ocasión algunas páginas. Es el mismo fácil narrador que todo lo dice como lo ve. Ejemplar y plausible es este esfuerzo de Fernández Guardia, sobre todo para enseñarlo a aquellos espíritus apocados que se fatigan pronto y se conforman con la obra que hicieron de jóvenes, sin ver que la juventud fluye siempre del espíritu, eterna, como se ve en este admirado don Ricardo, en Gagini el Maestro incansable, en Facio y en algún otro de los que florecieron por aquellos días en que Darío llegó joven a Costa Rica y alisaba las alas para el triunfo, cuando Aquileo Echeverría llenaba con su ingenio el ambiente y el Doctor Zambrana tenía su pléyade, no como la de Ronsard, pero sí llena de ese *humour* que fue el alma de la época.

Rogelio Sotela

Misterio

A don Manuel M. de Peralta

El café estaba dispuesto en una espaciosa galería, ricamente alhajada con tapices de Flandes, jarrones chinos y plantas tropicales. Los criados circularon las tazas con la rapidez silenciosa y sobriedad de movimientos, propias de la servidumbre de la genuina aristocracia. Ningún traje femenino salpicaba con su nota alegre la monotonía oscura de los fraques. Las damas estaban rigurosamente proscriptas de las comidas del conde Granier, embajador francés jubilado y solterón millonario que solía reunir dos veces al mes, en torno de su mesa de sibarita, un grupo de amigos escogidos. El viejo diplomático, que era a la vez un amable erudito, sacrificaba el picante atractivo de las bellas espaldas descubiertas, al encanto de la conversación libre. Justo es decir, sin embargo, que esa libertad estaba lejos de parecerse a libertinaje; porque si bien brotaban en algunas ocasiones una anécdota picaresca o un cuentecito verde, referido con el tacto de que nunca se apartan los hombres de buen tono, era sólo por excepción.

Se hablaba de literatura, de arte, del teatro; pero las cuestiones políticas y sociales eran los temas más frecuentes en aquel cenáculo de pensadores, y esto era lo que movía principalmente al conde a limitar sus convites el sexo que con sobrada razón se ha convenido en llamar feo. La presencia de algunos cuellos delicados, ceñidos de perlas, habría mantenido la conversación dentro de los límites de una frivolidad galante que no era del agrado del anfitrión, el cual tampoco gustaba de las señoras sabihondas, cuyo amaneramiento presumido le parecía insoportable.

Sus invitados eran casi siempre los mismos; en su mayor parte diplomáticos, algunos literatos y artistas, rara vez un político, periodista ninguno. El conde miraba con desconfianza a este gremio de indiscretos que le había propinado más de una desazón en el curso de su larga y honrosa carrera en las principales cortes de Europa. Conversador ameno, se complacía en ser escuchado, mostrándose pródigo de los recuerdos de su vida, que sazónaba con multitud de anécdotas ingeniosas; y como había conocido a casi todos los hombres más ilustres de la segunda mitad del siglo XIX, su conversación era sobre este punto, así como respecto de muchos otros, instructiva y cautivante. Esto y el tener el conde un cocinero que no habría desautorizado Brillat-Savarin y una bodega digna de un lord inglés, hacía que sus convites no recibiesen excusas por respuesta, a pesar de que muchos de sus amigos lamentaban en su fuero interno la falta de representantes de la bella mitad del género humano.

Aquella noche se había tratado durante casi toda la comida de la guerra anglo-boer, entonces en plena actividad, y el asunto no estaba agotado aún. El conde seguía disertando sobre el triste destino de ciertos pueblos, condenados a la esclavitud, a pesar de su valentía y virtudes patrióticas. Se habló, por consiguiente, de la pobre Irlanda y de la infeliz Polonia, repartida en lonjas como un vulgar territorio africano. «Y esto ya no tiene remedio —concluyó con escepticismo el conde—, Rousseau ha dicho que la libertad se adquiere, pero no se recobra».

—Hay sin embargo una cosa que todavía no ha podido subyugar la tiranía del conquistador—replicó uno de los presentes—: el alma polaca.

—Es cierto; pero el argumento nada prueba en contra de mi tesis. Tampoco ha podido Iuglaterra domeñar el alma irlandesa y no por esto Irlanda es más libre.

—¡Pobres pueblos!—exclamó un poeta—. Son dignos de mejor suerte.

—¡Quién sabe!—repuso el conde—. El orden, aún sin la libertad, es preferible a la anarquía.

Y después de un rato de silencio añadió:

—No obstante, es preciso contar con lo imprevisto, con esos cataclismos súbitos que alteran la faz del mundo político como los movimientos sísmicos trastornan el planeta que parece incommovible... Conocí a un hombre que estuvo a punto de dar al traste, a fuerza de intrigas diabólicas, con ese famoso equilibrio europeo que es nuestro orgullo. Era polaco y se llamaba Walinski.

—¡El príncipe Walinski! ¿Conoció V. al príncipe Walinski?—interrogó con vehemencia el barón de Charly.

—Bastante bien. Dos veces me invitó a su castillo de Podolia.

—¿Conoció V. también a la princesa?—volvió a preguntar Charly.

—A ella no. En el tiempo que tuve amistad con Walinski, éste no se había casado todavía. Supe después, por informes de amigos comunes, que una pasión senil por una joven, de quien si mal no recuerdo era tutor, lo había llevado a cometer el disparate de contraer con ella matrimonio a una edad muy avanzada. Algo oí decir también de un drama íntimo, pero me sería imposible precisar nada sobre esto.

—Tampoco conocí a la princesa—dijo el barón—; pero entiendo que fué una mujer lindísima.

—¿Ha muerto ya?

—Murió antes que el príncipe y, según parece, de modo misterioso.

—Cuéntenos V. eso, Charly—exclamó el conde interesado.

—No sé si debo.

—¿Por qué razón?

—Se trata del secreto de un amigo... Sin embargo—añadió Charly después de una pausa—, su revelación no puede ya perjudicar a nadie, porque todos los actores del drama han muerto, llevándose a la tumba la clave del misterio... ¿Recuerda V. a Luis de Bernex?

—Perfectamente. Fué mi subalterno en Estocolmo. Un soñador sentimental que acabó trágicamente.

—Más que un sentimental, un romántico exaltado, un verdadero enfermo... Pues bien, Luis de Bernex tuvo la honra, no diré la suerte, de ser amado por una reina. Se hallaba a la sazón en calidad de segundo secretario en...

El barón de Charly se detuvo; pero un gesto del conde le dió a entender que estaba al tanto del asunto y prosiguió:

—El amor de la soberana fué tan ardiente, tan irreflexivo, que pronto llegó a ser en la corte el secreto de todos, menos del rey. La cancillería se alarmó, como era natural, y con toda la discreción del caso pidió al gobierno francés el retiro de Bernex. Este, que se había lanzado en la peligrosa aventura con todo el entusiasmo de su carácter arrebatado,

perdió la chabeta y estuvo a punto de cometer una locura; pero el ministro lo llamó a París de manera perentoria y en la entrevista que con él tuvo le dijo: «Señor de Bernex, ¿por qué no se da V. un paseíto por Italia mientras podemos encontrarle un nuevo puesto en Europa? A menos que prefiera V. salir inmediatamente para Pekín». Bernex acató el consejo, llevando consigo a Roma sus negras ideas, que toda la magia de la Ciudad Eterna no lograba disipar.

«Indiferente a todo lo que no fuese o creía ser su pasión, vagaba enajenado por entre tantas maravillas. En su alma dolorida no se abría paso el encanto poderoso de las vetustas piedras romanas. Ni Miguel Angel, ni Rafael, ni la memoria palpitante de una grandeza pasada sin rival, eran bálsamo eficaz para adormecer el escozor del recuerdo. Hastiado de pasear su melancolía por templos, palacios y museos, buscó refugio en los jardines de la Villa Borghese, cuya hermosura majestuosa lo seducía. Derrumbado en un banco se quedaba largas horas inmóvil, sumido en la contemplación íntima de su pena, casi sin sensaciones físicas, del todo ajeno al mundo exterior. Algunas veces entraba maquinalmente a la villa, pero sin pasar nunca de la sala en que yace en su triunfal belleza Paulina Bonaparte, divinizada por el cincel de Canova. Creía encontrar en el delicado perfil de la hermana del Emperador un parecido con el de otra princesa, soberana no sólo de su corazón.

»A pesar de que se consideraba obligado a no fijarse en nadie, la frecuencia del encuentro le hizo reparar en dos personas que también visitaban asiduamente los jardines. Eran un anciano alto y esbelto todavía, con los cabellos y las barbas de plata, y una joven rubia, tenue, inconsistente como una figura de Fra Angélico. La joven paseaba con lentitud, sin rumbo fijo, pensativa, y el anciano la seguía de cerca, sin hablarle nunca. Ambos parecían absortos en una preocupación constante, tal vez una pena aguda, a juzgar por la palidez de sus rostros, la tristeza de sus miradas, el cansancio de los ademanes.

»Bernex, sin darse cuenta de ello, acabó por interesarse en las idas y venidas de aquellos dos seres en apariencia desgraciados. A veces, apartando de su mente las ideas que la tiranizaban, se entretenía en hacer conjeturas sobre la interesante pareja. ¿De qué drama sombrío llevaban en el alma el secreto? ¿Cuál podría ser el de su vida, la razón de su pena? Quizás la pérdida de una persona amada que había venido a romper la armonía de una existencia feliz, o tal vez la amenaza aterradora de un mal implacable, suposición que la frágil contextura de la joven hacía muy verosímil. ¿De dónde vendrían? Su tipo, su aspecto, eran de gentes del Norte; debían de ser rusos o de los países escandinavos, de esas tierras frías y nebulosas donde no calienta el sol y hay mujeres que parecen flores de invernáculo.

»Lo que al principio sólo era en Bernex simple curiosidad, fué convirtiéndose poco a poco en vivo interés, hasta llegar a ser, en alas de la fantasía, honda preocupación. Sentíase muy contrariado cuando el mal tiempo lo privaba de su visita a los jardines; impaciente si tardaban los dos extranjeros, que cada día iban tomando mayor espacio en su vida desocupada y languideciente. Ya no era tan tenaz en su ánimo el recuerdo de la mujer adorada, y cuando en las horas de candente insomnio evocaba

una silueta familiar, de porte noble y majestuoso, no surgía la ilusión completa de otro tiempo. Entre la figura evocada y su voluntad, venía a interponerse, imperiosa, la seductora y frágil de la joven triste.

»Una tarde tuvo una revelación. Largo rato hacía que se encontraba en un banco, inquieto y malhumorado por la ausencia de la interesante criatura, cuando la divisó que venía de prisa, como quien acude a una cita pasada la hora. Sorprendido, se puso a observarla con insistencia, y ella, al pasar, lo miró también de frente por primera vez; y Bernex notó lo que antes no había comprendido, que era idealmente bella, de una belleza peregrina e imponente como la de una aparición, sintiéndose conmovido hasta las entrañas por la mirada profunda, enigmática, que parecía pedir socorro y era como el clamor de una alma en desamparo. Al choque de aquellos ojos de violeta, que brillaban febriles en medio de un halo de heliotropo, el pobre muchacho sintió brotar en su pecho una nueva pasión más violenta, más terrible que la otra.

»Por una de esas inexplicables atracciones de ser a ser, que nacen espontáneas de la casualidad, de un incidente baladí, se estableció desde aquel día, entre Bernex y la rubia desconocida, una inteligencia tácita, no por esto menos íntima. Entendíanse a distancia, sin hablar una palabra, sin un gesto, a veces sin una mirada, por el solo hecho de su sensibilidad extrema, como vibra un instrumento de música a la voz de otro. Y ambos sintieron que se amaban, profunda y desesperadamente. Una tarde en que Bernex la había seguido de lejos hasta verla subir a su carruaje, siempre acompañada del anciano, tuvo una idea que a otro menos desequilibrado le hubiese ocurrido desde el primer instante: correr tras ella y averiguar quién era; y se puso a seguirla discretamente en un coche de punto, hasta verla bajar en la puerta de uno de los principales hoteles de Roma. Bernex deslizó una moneda en la mano del portero galoneado y le preguntó:

»—¿Quién es ese caballero que acaba de entrar?

»—El príncipe Walinski.

»—¿Y la señora que le acompaña?

»—La princesa Walinska.

»—¿Su hija o su mujer?

»—Nadie lo sabe.

»Hablando estaba todavía con el portero, cuando volvió a salir el príncipe, pero esta vez sin su compañera, y a Bernex le pareció ver en sus ojos grises un destello de ironía. Sin podérselo explicar, este encuentro y la mirada rápida que el anciano le había lanzado al pasar, le causaron un indefinible sobresalto y extraños presentimientos, que no fueron vanos, porque en la noche desapareció de Roma la misteriosa pareja. Todo lo que Bernex pudo averiguar en su desesperación fué que había salido para Venecia; pero cuantas investigaciones hizo allí resultaron infructuosas. Nadie sabía nada, ninguno había visto a los viajeros. Entonces, completamente descorazonado, resolvió echarse a morir y yo lo encontré en medio de esa crisis de inaudito desaliento, habiendo leído por casualidad su nombre en el libro de registro del hotel.

»Abrigo la presunción de creer que los consuelos que le prodigué entonces, contribuyeron a retardar la catástrofe que puso fin a la existencia de mi pobre amigo. Por desgracia tuve que trasladarme a Viena y

Bernex se encaminó a Florencia, donde siguió arrastrando una vida miserable. Sus cartas me decían toda la amargura de su corazón, toda la horrible tristeza de su alma. El presentimiento de un fin próximo lo asediaba, haciéndole complacerse en los símbolos y aparatos de la muerte. Se pasaba los días enteros en el poético cementerio de San Miniato al Monte que domina desde su altura la ciudad de los Médicis. «Este sitio es maravilloso—me escribía en una hoja de su cartera—. ¿Cómo no envidiar la suerte de los que aquí descansan en la paz eterna?... A la hora del crepúsculo, cuando el sol baja esplendoroso cubriendo con un manto cobrizo el Domo y la torre del Palacio Viejo y se diluye en la sombra naciente la faja amarillenta del Arno, mis ojos se desprenden del soberbio espectáculo para buscar entre los mármoles apiñados de las tumbas, el pedazo de tierra donde ha de reposar mi cuerpo miserable. ¡En cuanto a mi alma ya está muerta!» Y poco después: «El fantasma del Dante me persigue. Nunca he comprendido tan hondamente el genio sombrío del divino poeta que supo amar, como en este ambiente que fué el suyo; pero estoy convencido de que ninguno de los suplicios pavorosos inventados por su terrible fantasía es comparable a la tortura de mi corazón».

»Aquí se coloca un incidente extraordinario, verdaderamente novelesco, que acabó de desquiciar al infeliz Bernex. Sorprendido por la lluvia se había refugiado en la iglesita de San Miniato, poblada de sepulturas. Estaba desierta, llena de sombra y los gemidos de las ventanas azotadas por el viento se le antojaban voces plañideras de ultratumba. Sus ojos tropezaron con el sarcófago maravilloso del Cardenal Infante de Portugal, obra maestra de Antonio Rossellino, admirándolo por centésima vez. Después bajó a la cripta y se puso a esperar, sentado en una grada, a que pasase el chubasco. De pronto oyó a su lado el roce de una falda y ruido de pasos. Alzó a ver y se quedó atónito. Delante de él estaba la princesa Walinska, que dejó escapar una sorda exclamación al reconocerlo.

»—¡Usted aquí!—gritó Bernex levantándose de un salto.

»Ella lo hizo callar con un gesto imperioso y sin responder una palabra se lanzó en sus brazos...

»Fué un enlace terrible, demente, salvaje. Todas las delicias del mundo apuradas en un instante... Después un grito de espanto y una fuga precipitada. Bernex fuera de sí intenta correr tras ella; pero le cierra el paso la figura correcta y grave del príncipe Walinski, en cuyos ojos brilla la misma llama de ironía que había visto en Roma.

»—Caballero—dijo el anciano con voz reposada en que había un eco indefinible de burla—, disimule V. que me tome la libertad de dirigirle la palabra sin tener el honor de conocerlo; pero estoy obligado a decirle algo que sin duda le conviene saber... La princesa Walinska... mi mujer... es loca.

»Aquella misma noche murió de repente la princesa, sin que los médicos supiesen de qué; y dos días después, mientras la enterraban en el cementerio de San Miniato, Bernex se pegó un tiro en la cripta de la iglesia».

Sevilla

Quien no ha visto Sevilla
No ha visto maravilla.

En este siglo de exasperante materialismo, de frío progreso, en que nada hay digno de respeto para el pico del demoleedor ni cosa para cuya hechura no exista una horrible máquina de patente, es empresa muy ardua dar con un pueblo virgen aún de la moderna fiebre destructora. Allá en el corazón de Andalucía vive uno que se defiende heroicamente de las embestidas del monstruo insaciable de lo nuevo: Sevilla.

Sevilla es la ciudad poética por excelencia. Llena de leyendas y tradiciones, todo en ella es artístico, profundamente original. Sus monumentos y sus casas, sus torcidas callejuelas, las mujeres, el sol, el cielo son allí distintos; el aire mismo parece que fuera otro, un aire sevillano hecho adrede para los pulmones de sus habitantes. Al primer rayo del alba aun se ven deslizarse sobre las baldosas de sus calles las sombras de los Tenorios que fueron, y cuando la luna deja caer su luz pálida sobre las floridas azoteas de sus casas blancas, acuden a ella presurosas las almas de los poetas finados a contar deliciosas historias de amor reunidas en apacible aquelarre. Sevilla no se parece a ninguna ciudad del mundo: Sevilla es Sevilla.

Algúnos creen que la ciudad, en lejanos tiempos favorita del Islam, está encantada, y yo no lo dudo, porque la existencia del hechizo es evidente. Su maravilloso influjo es tal que a ninguno es dado librarse de él. El forastero que pisa la tierra sevillana siente al punto el contagio: una ola de sangre calurosa se precipita por sus venas y sentimientos de índole desconocida hacen vibrar suavemente las cuerdas íntimas de su alma. El más frío y flemático se trueca de pronto en colegial enamorado y dispuesto a entregar su corazón a la primera muchacha de ojos negros con que tropiece a la vuelta de una esquina. Sevilla es la tierra del amor.

Esbelta y ligera como una saeta disparada al cielo, álzase en medio de ella la Giralda, la torre sin rival, el alminar de Yacub ben Yusuf: allí está el hechizo. La Giralda es la vara del nigromante bajo cuyo imperio vive la reina de Guadalquivir; en sus cimientos, embutido en el capitel de una vieja columna romana, se oculta el maravilloso talismán. Sevilla morirá cuando la Giralda se desplome; pero la Giralda es imperecedera, como el arte, como la poesía. Ocho siglos han pasada ya sobre ella, y lejos de envejecer cada día está más nueva, más hermosa, como si hubiera salido ayer de manos del artifice. Rampas de fácil ascenso conducen a la plataforma altísima del gracioso alminar. Desde allí se goza del fascinador encanto que se desprende de Sevilla, y de una ojeada se abarca el panorama de la ciudad y del paraíso que la rodea.

Hacia un lado el verde campo de Tablada, el Guadalquivir famoso y la Torre del Oro; al occidente el Ajarafe de los sarracenos, el territorio más bello y fértil de la tierra, con sus bosques de higueras y olivos y sus albos caseríos; a lo lejos Castilleja, entre cuyos muros expiró miserable el conquistador de uno de los imperios más ricos del mundo, el bizarro Hernán

Cortés. Al pie de la torre yace grandiosa la inmensa mole gótica de la catedral, donde tantas generaciones han orado y cuya magnificencia y tamaño sobrepujan al soberbio deseo que expresó uno de los prebendados cuando se trataba de construirla: «Hagamos - dijo - una iglesia tan grande, que los que la vieren acabada nos tengan por locos». Cuadros de Murillo, Alonso Cano y Zurbarán, alhajas de riqueza fabulosa, esculturas admirables, retablos y verjas que pasman, sepulcros magníficos; todo lo que el arte y el oro pueden acumular bajo las bóvedas de un templo, encuéntrase con profusión en la catedral sevillana. La Biblioteca Colombina, fundada por un hijo del inmortal descubridor de América, también está en su recinto.

Cerca de la catedral surge el Alcázar, un palacio de cuento, rival de la Alhambra. Muros almenados guardan celosos los tesoros en ellos contenidos, maravillas creadas por la imaginación delirante de los alarifes mudéjares. Paredes cubiertas de arabescos tan lindos que parecen modelados por las manos diminutas y habilidosas de las hadas; azulejos y alisares inimitables; columnas de mármol de imponderable esbeltez; arcos de caprichosa estructura, tenues como finísimo encaje y que parecen trazados por el vuelo de los pájaros; ricos techos de maderas preciosas incrustadas de marfil; mármoles de todos colores; palacio de ensueño donde todavía repercuten el tañido de las panderetas mauritanas y la extraña modulación de los cantos árabes, llenos de ardiente poesía.

Y así como no hay mujer perfecta sin lengua cabellera, no es completo un palacio sin jardines. Los del Alcázar son maravillosos: palmeras, naranjos y arrayanes, tiestos de claveles y rosas, obscuras enramadas que guardan el susurro de los besos de las moras ardorosas, calles de cuyos ladrillos brotan mil chorros de agua al capricho de una llave. Oculta a medias por árboles frondosos, asoma la entrada sombría de los baños regios que vieron reflejarse las blancas y sonrosadas carnes de doña María de Padilla en las cristalinas aguas que solían beber el rey D. Pedro y sus cortesanos, después de bañarse en ellas la hermosa favorita; enfrente el cenador de Carlos Quinto, a la izquierda el estanque del jardín de la Danza; y en cada sala del palacio, en cada alameda de los jardines, evocando un mundo de recuerdos, mil leyendas y tradiciones que hacen del Alcázar un ser animado, que vive y respira, siente y ama.

Torciendo la vista a la derecha aparece con toda la fría majestad de su severa arquitectura la antigua Lonja, hoy Archivo de Indias. Descansando en magníficos estantes de caoba y oculta en las páginas de viejos y polvorientos manuscritos, está allí la historia de la mayor epopeya que han visto los siglos: la conquista de América. Más allá el palacio de San Telmo con sus tupidos bosques de naranjos. A orillas del Guadalquivir el renombrado paseo de las Delicias, lleno de efluvios de azahares y acacias.

Y por todos lados, sin que haya tiempo de fijar en ellos la vista, antiguos y nobles palacios, iglesias y conventos, restos gloriosos de la grandeza de otros tiempos en que no había progreso ni yanquis y por desgracia no volverán. La casa de Pilatos, espléndida mansión perteneciente a los duques de Medinaceli, que a semejanza de la del pretor romano se propuso construir a su vuelta de la Tierra Santa el adelantado Per Enríquez y terminó el primer duque de Alcalá D. Per Afán de Ribera. El Ayuntamiento

con sus tres fachadas platerescas, de las cuales una resulta un prodigio con sus festones del Renacimiento. El Hospital de la Caridad, fundado por D. Miguel de Mañara, el impío caballero de Calatrava que vió una noche desfilar su entierro a la luz de las antorchas, el D. Juan de carne y hueso que arrepentido y contrito fué después piadoso y santo. La Plaza de Toros, cuya línea curva se dibuja en lontananza, el teatro donde se representa el espectáculo sangriento favorito de los españoles, barbaro sin duda, pero que conmueve y enardece, apoteosis del valor, la fuerza y la destreza, cualidades que cautivan a los pueblos varoniles. El puente de Triana, tan admirado por los sevillanos sin merecerlo, por el cual transita todas las tardes, a la hora en que se oculta el sol, la cigarrera de voluptuoso contorno, mirada provocante y flor en el moño, la que siempre lleva fuego en el pecho y en los labios, pronto a dispararse como un cohete, el dicharacho agudo, mujer singular, mezcla de gracia y desvergüenza.

Y luego, como un gran lienzo extendido, el blanco caserío cortado caprichosamente por callejas que serpentean; azoteas cubiertas de macetas de gayos colores; patios de indecible encanto; fuentes que refrescan el aire y flores que lo embalsaman; ajimeces y balcones en que asoman caras seductoras y ojos de mirar profundo, atrayentes como el abismo; plazas sombreadas por esbeltas palmeras que evocan el Oriente; y dando vida y calor a este cuadro hechicero, la indolente y abigarrada población sevillana: la mujer de cháchara picante, bella y ardiente, que se engalana con la graciosa mantilla; el torero con su talante de perdonavidas; el mendigo con pujos de hidalgo ofendido; la *flamenca* de ancha bata de larga cola, mantón chinesco terciado con *la gracia de Dios*, tufos y moño retorcido en que se pavonea un clavel reventón; el airoso jinete montado en gallardo potro jerezano; el aguador con su botijo y cantinela de *agua fresca*. Y cerniéndose sobre el conjunto un sol esplendoroso, el que da perfumes a las flores e inspiración a los poetas, el que enciende ardientes pasiones en los pechos y dora las uvas de Jerez.

Dichosa Sevilla, tierra de poesía que dormitas y sueñas tranquila en medio del bullicio y de la fiebre que a los modernos pueblos consume. ¿Lograrás escapar del bárbaro progreso? ¡Ay, no lo creo! El terrible monstruo todo lo destruye, todo lo devora. Un día llegará—¡iaciago día!—en que cuadrillas de salvajes, armados de prosaicos instrumentos, destriparán tus casitas blancas para trazar monótonas y rectas avenidas; hedionda y espesa humareda empañará el azul purísimo de tu cielo; el Guadalquivir glorioso arrastrará tristemente sus aguas amarillentas, aprisionado entre muros de sillería; el viejo Alcázar caerá en manos de cualquier Bárnum que lo convertirá en museo de figuras de cera, y la Giralda se trocará en chimenea de una fábrica de conservas; las mozas de Triana y la Macarena, olvidadas del voluptuoso tango y de la seguidilla vivaracha, sólo bailarán el indecente cáncán; habrá mítines y socialistas y hasta se verá a un sevillano subido sobre una mesa, para otra cosa que no sea bailarse un jaleíto de lo bueno; de las mantillas nadie se acordará y serán reemplazadas por el gorrito chabacano de la modista francesa, y cuando algún erudito exclame, al ver pasar a una mujer seductora: «¡Olé, salero, viva tu madre!», será conducido inmediatamente a la prevención por ultraje a las buenas costumbres.

Cuando esto suceda, Sevilla será una ciudad altamente civilizada, navegará viento en popa en aguas del progreso, según lo entienden los que pasan desdeñosos frente a una pintura de Velázquez o de Murillo, parándose luego extasiados y boquiabiertos ante una máquina de hacer chorizos procedente de Chicago. Progresistas estúpidos, gusanos roedores de todo lo que no es brutalmente material, asesinos del arte y de la poesía, burgueses rellenos con tocino, que tienen por corazón un estropajo.

Sevilla tiene conciencia de su gran felicidad y se defiende valerosamente contra los que pretenden arrebatarla. El hombre más dichoso no es el que pretende volver al mundo del revés, sino el que vive resignado y contento con su suerte; es el sevillano indolente para quien el mundo acaba en la última casa de la ciudad que le vió nacer, el que sabe ahogar sus penas con dos cañas de pálida manzanilla; y si lo que llaman progreso ha de arrebatarle esa felicidad envidiable para lanzarlo en el torbellino de la lucha por la vida y de la reforma social, bien hace en mandar a ese sujeto a la punta de un cuerno. Pero al fin sucumbirá Sevilla a los golpes del fabricante de calcetines; y cuando se haya perpetrado el crimen, cuando sólo quede ya la memoria de que en aquel sitio vivió una ciudad maravillosa, toda amor y poesía, vendrán entonces los poetas, si todavía quedaren algunos, a buscar un vago recuerdo de las muertas canciones andaluzas y del tañido plañidero de las guitarras, en el melancólico zumbido del viento por entre los naranjos de Guadalquivir.

• 1891. •

Una heroína olvidada

(Inédito)

Don Carlos III, de grata memoria, odiaba a los ingleses que lo habían humillado siendo rey de Nápoles, y no bien ciñó la corona de España, por muerte de su hermano Fernando VI, cuando se dispuso a vengar el agravio metiéndose en el berenjenal del Pacto de Familia y declarando la guerra a la Gran Bretaña, con esperanza de reconquistar el peñón de Gibraltar. No le fué la suerte favorable y en 1762 las escuadras británicas se adueñaron de varias de las Antillas menores, de la Habana y hasta de Manila. La isla de Jamaica, que desde 1655 había pasado a manos de Inglaterra y era en tiempos de paz una guarida de piratas y contrabandistas, sirvió en esta y otras guerras de base de operaciones a los barcos ingleses que hostilizaban las colonias españolas del mar Caribe.

Inglaterra había heredado de los bucaneros y filibusteros el deseo vehemente de apoderarse de un paso interoceánico por la América Central, y no obstante que en esta difícil empresa fracasaron hombres tan audaces como Mansfield y Morgan, era permitido suponer que no resultaría superior a las fuerzas de Su Majestad Británica. El gobernador de Jamaica William Henry Littleton, juzgando el momento favorable para llevarla a cabo, despachó varios navíos de guerra y dos mil hombres contra Nicaragua que, según decía con visión profética un funcionario español en 1790,

«era la llave de los tres reinos, tenazmente codiciada por los ingleses y tal vez más tarde lo sería también por los americanos separados». Las fuerzas británicas arribaron a la boca del San Juan y, guiadas por indios de la Mosquitia, emprendieron la subida del río en balandras y otras embarcaciones pequeñas hasta en número de cincuenta, con la mira de atacar el castillo de la Purísima Concepción, hoy Castillo Viejo. Cien años antes el General don Fernando Francisco de Escobedo había construido este castillo, situándolo en la margen derecha del río sobre una colina rocallosa en el raudal de la Santa Cruz, antiguamente llamado raudal del Diablo. Era de modestas proporciones, pero bastaba a defender el paso con sus treinta y seis piezas de artillería, sus murallas, sus cuatro baluartes y sólido caballero, el foso y las estacadas que lo rodeaban por la parte de tierra, más un fortín a la lengua del agua. Para evitar sorpresas lo atalayaba una batería en una isleta situada a corta distancia. No faltaban por lo tanto razones para suponer que en caso de ataque tendría mejor suerte que el de San Carlos de Austria, destruido en 1670 por el filibustero Gallardillo, quien así pudo sorprender y saquear la ciudad de Granada. Bien es verdad que tamaña desgracia aconteció por haber el castellano Gonzalo de Noguera Rebollo entregado al enemigo esta fortificación, erigida con tantos sudores y afanes por don Juan Fernández de Salinas, adelantado de Costa Rica, en 1666.

Cuando se presentó la armada inglesa en el río de San Juan, en el mes de agosto de 1762, no había por que temer una nueva traición como la del infame Noguera. El castillo estaba en buenas manos. Su defensa la había confiado el rey al capitán de artillería don José de Herrera, militar aguerrido y de un valor a toda prueba, que prestó excelentes servicios, especialmente en Cartagena de Indias durante el sitio de esta plaza en 1740 por el almirante inglés Vernon; pero no inspiraba igual confianza la guarnición en su totalidad compuesta de negros y mulatos. Acompañaban a don José de Herrera en su destierro —que no de otro modo podía llamarse aquella castellanía remota— su mujer doña Felipa de Sotomayor y su hija doña Rafaela, de trece años de edad. El viejo militar sentía por esta niña, única heredera de su nombre, un amor extrañable. Dolíase de verla condenada a vivir recluida en el castillo solitario, donde los días pasaban todos igualmente tristes, sin que ningún halago viniese a romper el tedio de una existencia de exasperante uniformidad. Por todas partes la selva virgen limitaba el horizonte, sombría y monótona como el murmullo de las aguas del San Juan. El castellano había empleado todos los medios que le sugirió el cariño para distraer a su hija; pero los paseos en bote y la pesca en el río cada vez le agradaban menos, prefiriendo, a pesar de saberlo ya de memoria, el relato de los terribles combates que sostuvo su padre contra los ingleses de Vernon y el de las proezas de su abuelo, el brigadier y director general de ingenieros don Juan de Herrera, quien durante más de sesenta años había servido al rey en Europa y en América, peleando bizarramente contra todo género de enemigos.

Siempre que evocaba estas y otras glorias de los Herreras, el capitán no podía dejar de lamentarse de que Dios no le hubiese deparado, en vez de aquella niña, un varón capaz de continuar las tradiciones de la familia con la espada al cinto y al cual hubiera transmitido sus conocimientos en

el arte de la guerra; pero este pesar se lo guardaba en lo más hondo del corazón, por temor de que su hija adorada pudiera lastimarse. Una noche, en que después de la cena frugal había recaído la conversación, como tantas otras veces, sobre la ciudad de Cartagena de Indias, el capitán se puso a referir cómo había montado la artillería del cerro de San Lázaro, por orden del virrey don Sebastián de Eslava. Con prolijos detalles y trazando líneas imaginarias sobre la mesa, indicaba el plano de las defensas y el emplazamiento de los cañones. La niña le oía muy atenta. No así doña Felipa, que acabó por quedarse dormida en su butaca de cuero. Al notar lo, don José interrumpió su descripción y dijo con cierta amargura:

—Veo que os estoy aburriendo.

—A mí no, padre. Me gustan mucho las historias de guerra.

—¿Lo dices de veras?

—Sí, y bien sabe Dios que quisiera ser hombre para servir también al rey.

—¡Ah, si lo fueses, cuántas cosas te podría enseñar!

—Para eso no me hace falta serlo.

—Es verdad; pero ¿de qué te serviría aprender a manejar un cañón?

—Cuando menos para engañar el tiempo.

El semblante del capitán se cubrió de un velo de tristeza al oír esta respuesta que revelaba el hastío de la niña.

—Pobrecita mía —murmuró para sí. Y luego, levantándose brusca- mente añadió en voz alta:— Vamos a dormir, ya es tarde.

Pero aquella noche pasaron largas horas antes de que pudiese conciliar el sueño. Se rebullía en la cama buscando un remedio para el fastidio de su Rafaela, sin poder encontrar ninguno, excepto el sugerido por ella misma y que él consideraba descabellado. Ponerse a dar lecciones de artillería a una chiquilla que aun jugaba con muñecas, ¡qué disparate! Y seguía devanándose los sesos en vano. Sin embargo, a la mañana siguiente don José de Herrera comenzaba a instruir a su hija en el manejo del cañón, convencido de que pronto se aburriría también de este nuevo pasatiempo; mas no fué así y la niña se mostró tan aplicada que al cabo de algunos meses podía competir con los mejores artilleros del castillo. Los soldados de la guarnición no se cansaban de admirar su destreza y certera puntería; el capitán gozaba viéndola agitarse risueña y contenta; sólo doña Felipa solía protestar contra ejercicio tan impropio de una mujer hidalga, pero lo hacía débilmente, temiendo que reapareciese la tristeza de su hija ya del todo desvanecida. Además, a la buena señora le asistía otra razón para ser tolerante. Procuraba evitar toda contrariedad a su marido, cuya mala salud era para ella objeto de constante preocupación. Desde hacía algún tiempo las fuerzas del capitán declinaban visiblemente y en su semblante demacrado podían leerse los progresos de la dolencia que lo minaba. Una mañana ya no pudo levantarse al toque de diana como era su costumbre; inútiles fueron los remedios que se le prodigaron y al cabo de cuarenta y ocho horas expiraba devorado por la fiebre. Las dos mujeres, después de amortajar piadosamente el cadáver del hombre que tanto las había querido, se arrodillaron ante el lecho mortuario para dar rienda suelta a su inmenso dolor. En el castillo reinaba un silencio respetuoso. Todos deploraban la muerte del buen comandante y más aún la orfandad de doña Rafaela.

De pronto penetró en la alcoba el sargento a cuyo mando había quedado la fortaleza por no haber en ella ningún oficial. Su aspecto revelaba una gran turbación.

—Señora— dijo con voz alterada dirigiéndose a doña Felipa—, acaba de llegar un soldado de la atalaya con la noticia de que los ingleses suben embarcados por el río.

Doña Felipa se quedó mirando al sargento con ojos de espanto, sin pronunciar una palabra. La niña se puso de pie de un salto, exclamando:

—¡Hay que reforzar inmediatamente la atalaya!

—He mandado ya preparar los botes y voy a despacharlos— replicó el sargento saliendo de prisa.

Pocos minutos después sonaron cañonazos y descargas de fusilería. El sargento regresó casi sin resuello para decir que la atalaya había caído en poder del enemigo y se veía venir un bote con bandera blanca.

—Nos mandan un parlamentario para pedirnos rendición— contestó doña Rafaela. Y al decir esto se dejó caer sobre el cuerpo inerte de su padre prorrumpiendo en grandes sollozos. Doña Felipa se retorció las manos implorando el socorro de toda la corte celestial. Pasados algunos instantes de angustia suprema, la niña se irguió. Estaba transfigurada. La natural dulzura de su rostro había desaparecido y en sus grandes ojos pardos brillaba la mirada resuelta y aguda que despedían en vida los del capitán. Su voz se hizo cortante, imperiosa.

—Yo hablaré con el inglés. Vete a tu puesto y prepara la defensa.

El sargento obedeció sin titubear. De prisa y con asombro de doña Felipa que la miraba en silencio, hizo desaparecer las huellas de su llanto, se retocó el cabello y se puso el mejor de sus trajes. A poco rato volvió el sargento para avisarle que un oficial inglés pedía hablar con el comandante. Doña Rafaela salió con paso firme y desde la muralla interpeló al parlamentario que estaba del otro lado del foso, frente al puente levadizo:

—¿Qué venís a hacer aquí?

—Deseo hablar con el comandante— respondió el oficial en buen español.

—Ahora no es posible, pero yo puedo hacer sus veces.

—¿Con quién tengo el honor de hablar?

—Con doña Rafaela de Herrera. Soy la hija del castellano.

El inglés se descubrió cortésmente.

—Señorita, os ruego decir a vuestro padre que vengo a pedirle las llaves del castillo en nombre de Su Majestad Británica.

—¿Ignoráis acaso que los castillos de Su Majestad Católica sólo se toman por fuerza de armas?

—Esa suele ser la regla cuando hay quien los defienda.

—Y ¿quién os ha dicho que el de la Purísima Concepción está indefenso?

—Los prisioneros que hemos tomado en la atalaya.

—Os han mentado.

El oficial sonrió maliciosamente.

—Nos han dicho también que don José de Herrera está gravemente enfermo.

—¿Y cuando así fuera?

- Sabemos que no hay ningún otro oficial en el castillo.
- No hace falta.
- Somos dos mil.
- Creí que seriais más cuando os atrevéis a intimarnos rendición.
- La resistencia será inútil.
- Falta que verlo.
- ¿Es esa vuestra última palabra?
- La última.
- Pronto estaremos aquí.
- Seréis bien recibidos.

El inglés saludó, a la vez que murmuraba entre dientes: «Siempre la incorregible soberbia española»; pero en sus adentros aplaudía la entereza de aquella niña, por cuya boca hablaban varias generaciones de guerreros esforzados.

Doña Rafaela, asumiendo desde aquel instante el mando del castillo, ordenó sepultar el cadáver de su padre con todos los honores prescritos por la ordenanza. Al terminar la ceremonia aparecieron las embarcaciones enemigas. Con insolente audacia saltaron los ingleses a tierra, plantando sus tiendas a tiro de cañón; y, seguros como estaban de que la fortaleza capitularía ante sus amenazas, dieron principio a una serie de escaramuzas que bastaron en efecto para acobardar a la guarnición, desmoralizada por la muerte de su jefe. Viendo que los negros y mulatos trataban de rendirse, doña Rafaela sintió bullir con fuerza impetuosa la noble sangre que corría por sus venas y los increpó, afeándole su conducta. ¿Se habían olvidado acaso del juramento que prestaron al rey de morir en defensa del castillo? ¿De los deberes que les imponía el honor militar? ¿Iban ellos a permitir que se infriese semejante afrenta a las armas españolas? ¿A entregar villanamente la fortaleza, resguardo de la provincia de Nicaragua y de sus familias, junto con la mujer y la hija de su comandante? ¡Ah, si don José de Herrera pudiera resucitar, qué pronto obligaría a los ingleses a reembarcarse como en Cartagena de Indias! Los soldados escuchaban respetuosos y cabizbajos las palabras ardientes de la niña; pero en el semblante de todos se pintaba el más profundo desaliento. Entonces doña Rafaela, con arranque sublime, subió sola al torreón de San Fernando, cargó un cañón y rompió el fuego contra el campamento enemigo. Lo hizo con tan buena suerte que al tercer disparo acertó a meter una bala en la tienda del comandante, dejándole sin vida.

Enfurecidos por la muerte de su jefe, los ingleses emprendieron con saña el ataque del castillo; pero ya la guarnición, entusiasmada por el heroísmo de la niña, les opuso enérgica y valerosa resistencia, causándoles grandes pérdidas en hombres y embarcaciones. A favor de la obscuridad de la noche renovaron el ataque por el río. Doña Rafaela lo frustró con un ardid muy ingenioso. Hizo empapar sábanas en aguardiente y echarlas encendidas al agua sobre ramas de árboles, para iluminar el campo de batalla. Sorprendidos los ingleses al ver aquellas hogueras flotantes, se imaginaron que se trataba del antiguo fuego griego y suspendieron el ataque. Cinco días duró la pelea, hasta que por fin, descorazonados, los ingleses abandonaron el campo, regresando a sus navíos y a Jamaica.

La derrota de los británicos causó inmenso regocijo en Nicaragua,

especialmente en Granada; y cuando la heroica niña llegó con su madre a esta ciudad donde se avecindaron, fué recibida en triunfo y colmada de alabanzas y bendiciones por haberla salvado. Algunos años después entregó su linda y valerosa mano a un caballero granadino llamado don Pablo de Mora; pero la Providencia no le deparó la felicidad que su heroísmo y virtudes merecían. Viuda y madre de cinco hijos, de los cuales dos estaban baldados, vivía doña Rafaela sumida en gran pobreza cuando en 1780 estuvo en Granada el capitán general de Guatemala don Matías de Gálvez. A él acudió la desventurada heroína suplicándole que se informara del glorioso suceso, a fin de que diese cuenta al rey e inclinase su piedad católica a socorrer a una española, hija de tan honrados padres y abuelos. Don Matías de Gálvez se apresuró a escribir sobre el asunto a su hermano el ministro de Indias, y el 11 de noviembre de 1781 don Carlos III recompensó con una modesta pensión vitalicia a doña Rafaela de Herrera y Sotomayor, por haberle hecho «tan señalado servicio... consiguiendo, a pesar de las superiores fuerzas del enemigo, hacerle levantar el sitio y ponerle en vergonzosa fuga». Estas mismas son las palabras de la real cédula.

Cuando el rey de España otorgó esta recompensa mezquina y tardía a una mujer acreedora a los más grandes honores, los ingleses habían vengado ya el descalabro que doña Rafaela les infligió. Una expedición procedente de Jamaica y mandada por el coronel Polson, de la que formaba parte el entonces capitán Horacio Nelson, futuro vencedor de Trafalgar, atacó el castillo de la Purísima Concepción en abril de 1780, obligándolo a capitular el 2 de mayo siguiente, por falta de agua y después de veinte días de asedio y encarnizados combates. El comandante don Juan de Ayssa lo defendió con insigne bravura, pero menos fortuna que la doncella heroica.

En 1857, uno de los descendientes de doña Rafaela, el general don Tomás Martínez, fué llamado a ocupar el solio presidencial de Nicaragua y con este motivo el periódico del gobierno evocó el recuerdo de una hazaña que merece ser perpetuada en bronce. No han faltado quienes la pongan en duda, entre otros un notable escritor norteamericano, apolo-gista del filibustero William Walker; pero los testimonios escritos y fehacientes que se conservan, proclaman a doña Rafaela una de las más grandes heroínas de todos los tiempos.

R. fernández Guardia

1919

Ya está de venta en las librerías el libro de Luis Dobles Segreda

ROSA MISTICA

Si fuera de San José alguien desea este precioso libro de tradiciones y leyendas, puede pedirlo por medio de nuestra revista Athena y le será enviado con gusto.

COMPañIA INDUSTRIAL
“EL LABERINTO”

Pasa de quince mil yardas los driles, cotines, céfiros y mezcilla que fabrica mensualmente y por su inmejorable calidad, perfección y solidez, se vende todo a medida que sale de los telares de la Compañía.

El público puede encontrar estos famosos géneros de algodón y sus renombrados paños de manos, en los siguientes establecimientos:

~ SAN JOSE ~

José María Calvo & Cía., “La Gloria”. — Ismael Vargas C. (Mercado). — Jaime Vargas C. (Mercado). — Enrique Vargas C. (Mercado). — E. Guevara & Cía., “La Buena Sombra” y “La Perla”. Domingo Vargas (Mercado). — Sérvulo Zamora (Mercado). — Manuel Solera & Cía. (Mercado). — Antonio Alán & Cía. — Colegio de Sión. — Colegio de Señoritas. — Etc., etc.

En toda clase de alimentación, lo mejor y más fresco se encuentra en

LA GRAN VIA

ALSINA

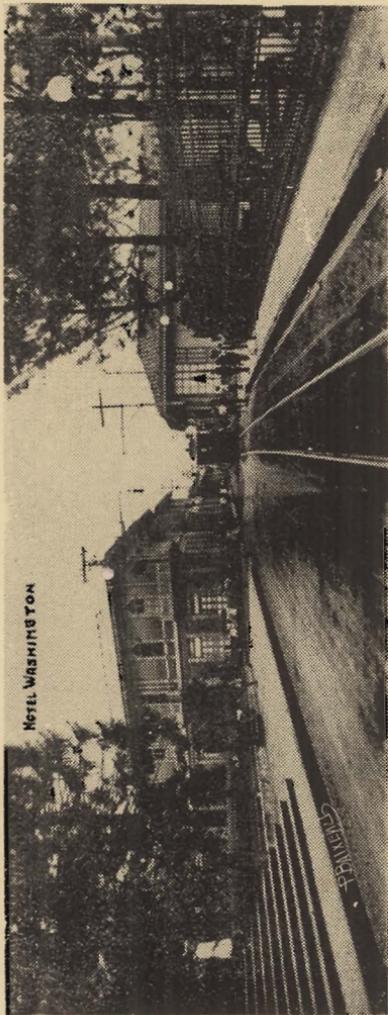
IMPRESA
LIBRERIA - PAPELERIA

Inmenso surtido de
útiles para escuelas

Las últimas obras recibidas de América
y Europa están de venta en la Librería

“LA EXPRESS”

FRENTE A ROBERT HERMANOS



First Class Hotel

(Entirely New)

Excellent Cuisine

(French)

All rooms with private bath and running water hot and cold. Automobile Service to and from trains.

English Spoken
On parle Français

HOTEL WASHINGTON

* * * Apartado de Correos 479. San José, C. R. Teléfono 173. — Administrado por su propietaria M. DE LA PRADE. — Único de primera clase en el país. Dormitorios confortables con baños de agua

caliente y fría. Cuartos apropiados para agentes viajeros. Cocina francesa, americana y española.



Se habla francés, inglés, español, alemán e italiano



